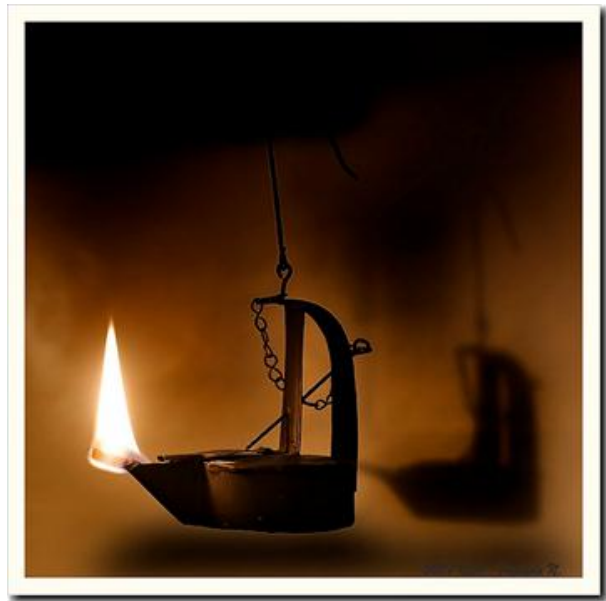




TIEMPOS DE VELA Y CANDIL



Emilio MARÍN TORTOSA

III RÍOS DESBORDADOS

Los cielos se han ido llenando de negros nubarrones anunciando La Gran Tormenta, y a los rincones del alma colectiva van llegando las sombras. Los poetas, afinan liras para cantar victorias, mientras los fogoneros del Infierno se frotan las manos. El Hombre Corriente escribe su propio epitafio, llega un tiempo para Titanes.

El eco de la Tempestad, llega hasta el colegio donde estudia Jorge Rodales en forma de breve telegrama: ¡Vuelve a casa! Esta orden era el único texto. Jorge es ya un hombre adulto, y la llegada de aquella orden no le coge desprevenido. Ha seguido con mucho interés la marcha de los acontecimientos de aquellos últimos meses, y desde hacía unos días tenía preparada su maleta. En el colegio apenas quedan alumnos, uno a uno, han ido marchando obedeciendo a la misma orden que a él le había llegado.

Era un colegio de mucho prestigio, y allí solo estudiaban alumnos de familias adineradas, y por nacimiento, y posición social, todos pertenecían a uno de los dos bandos en conflicto. Aparte de sus consideraciones personales, su deber era estar al lado de los que defendían los intereses de sus familias. Jorge sabe que junto a sus compañeros defendía sus intereses de casta. Aquella guerra, según él, no era más que una lucha de intereses.

Él no puede tener un criterio objetivo para saber en qué bando de los dos estaba la razón. Cada parte tendría las suyas, pero él había nacido, criado, y ahora educado, en una de aquellas razones, la de su clase social. La razón de los ricos. Era ajeno pues, a las razones que pudieran tener los del otro bando, pero sí le habían dejado bien claro en el colegio: Aquellos revolucionarios quieren apoderarse de todo, lo que supondría, de conseguirlo, privarles a ellos de lo que por derecho les pertenece. Ellos no podían consentir aquel desastre. ¡Lucharán!

Pero Jorge, en aquella trinchera donde le había colocado la vida, no tiene ninguna sensación especial. Lo tomaba con el mismo criterio que lo hacía con las fiestas que solían celebrar en el colegio: La lucha contra aquellos bárbaros no duraría mucho tiempo. Aquella era gente de clase baja sin preparación, en nada podían competir con ellos. Pronto recibirían su merecido. Son unos bolcheviques, ladrones sin alma ni conciencia. ¡A la cárcel con ellos! ¡O al cementerio! Ese era su catecismo.

Tanto tiempo tras esos muros, aislado de la calle, no recordaba nada positivo de los que peleaban en el otro lado de la trinchera. Para él, estudiante privilegiado, las mujeres que veía limpiar las clases, los pasillos, las habitaciones, y los servicios que ellos ensuciaban sin ningún cuidado, no eran trabajadores, eran, igual que el hombre que cuidaba el jardín, solamente sirvientes. Estaban allí para servirles a ellos. ¿Qué otra cosa podía hacer aquella gente si no servían para nada más?

Tampoco notaba, porque faltaba el contraste, el especial brillo que anidaba en los ojos de algunos profesores cuando hablaban sobre lo que estaba sucediendo fuera de los muros, y les enviaban mensajes para animarles a sumarse a la lucha.

-“Sabéis el reparto de papeles que El Señor nos ha dado a cada uno. Vosotros habéis sido designados para dirigir el mundo. Una pesada carga que tendréis que soportar sobre vuestros hombros. Es vuestra obligación, librar a la sociedad de toda aquella cuadrilla de anarquistas que tratan de cambiar el orden establecido. Son bárbaros e impíos. Satanás se ha puesto el uniforme de miliciano, y combate contra vosotros en la otra trinchera.”

Con todo este equipaje, acude a la llamada de su padre, y acude decidido a luchar a su lado. A luchar contra aquellos que querían despojarle de lo que, por designación divina, le pertenece. Ellos, sus iguales, son disciplinados, y los otros solo son una partida de bandoleros, mal uniformados y mal armados, con mandos voluntarios mal preparados. Aquello terminará con un desfile triunfal de sus tropas. Tendrá que ir quitando el polvo al uniforme, y sacando brillo a las medallas.

Un coche de alquiler llega hasta la plaza del pueblo. Allí se detiene y de su interior sale un solo ocupante. Es un desconocido que llega a un lugar extraño. Así se siente Jorge cuando observa con ojos nuevos aquel paisaje viejo en su recuerdo. Nadie está en la puerta de la mansión para recibirle, de hecho la puerta aparece cerrada. Una sombra se despega de la fachada, es una de las criadas vestida de riguroso luto, que se acerca hasta él.

La gente que presurosa pasa por la plaza, le mira con recelo. Sienten desconfianza ante los desconocidos. En general, sienten miedo. Algo flota en el ambiente que no pasa desapercibido para el recién llegado. La mujer de negro, con gesto impaciente, le indica que debe volver a subir al coche, y que se dirija a la otra parte del pueblo. Jorge va a preguntarle algo, pero el gesto de la mujer deja en el aire el interrogante. El coche, siguiendo las indicaciones de la mujer, va cruzando calles en busca de la salida que da al monte. Dejan el pueblo atrás, y a unos cien metros de las últimas casas, el coche vuelve a detenerse. El joven se apea, y el chofer recibe la orden de la mujer, junto a una buena propina, de continuar por aquel camino hasta salir a la carretera unos kilómetros más adelante. Nadie puede verle otra vez por el pueblo.



En mitad del camino quedan solos la mujer de negro y un desconcertado Jorge. Se miran, son dos extraños que parece no tener nada que decirse. Ella, con una mano coge la maleta, y con la otra tira del joven. No pueden quedarse allí en mitad del camino. Jorge se rinde a la fuerza de la mujer y la sigue sin intentar una pregunta. Bajan hasta el barranco, y por él siguen caminando hasta detenerse ante la tapia de un corral. Una vez allí, la mujer coge la maleta y la tira al otro lado de la pared. Luego, con agilidad, se sube ella hasta lo alto de la valla, desde allí arriba le hace señas para que le siga un indefenso Jorge.

Por el corral llegan a la puerta trasera de la casa. Entran. Se trata de una casa muy pobre apenas alumbrada por la luz de una vela sobre la mesa y un candil colgado en la chimenea del hogar. Hay una mujer sentada en la mesa, parece estar esperando al visitante. La criada desaparece, y les deja a solas. La mujer hace señas a Jorge para que tome asiento frente a ella. El joven, impactado por el ambiente misterioso, obedece. Ambos se miran fijamente a los ojos en silencio. En los ojos del muchacho se está

encendiendo una luz de reconocimiento. Aquel rostro envejecido... Aquella ropa... Todo parece estar montado para confundirle.

-“*Madre, ¿es usted?*”

La mujer no puede contestar, un sollozo le ahoga. Se ha tragado tantas lágrimas esperando aquel encuentro, que está incapacitada para demostrar cualquier emoción. Solo cuando Jorge rodea la mesa y se abraza a la mujer, el llanto aflora como solo una madre puede llorar.

-“*¡Hijo!*”

La quietud de la mañana se ve rota por el ruido de motores. Dos coches se detienen a la puerta de la mansión de los Rodales, y de ellos se apean varios hombres armados. Son milicianos, aunque más parece una partida de bandoleros. Toman posiciones por todas partes de la plaza. El lugar queda sitiado y la casa aislada. La aldaba suena con urgencias. Nadie acude a su demanda para abrir la puerta.

El picaporte deja su lugar a voces airadas y secos golpes de culata que aporream la madera. El pueblo parece adormecido por el narcótico del miedo, y no reacciona. Nadie asoma para ver la identidad de los alborotadores. Un sueño fingido les mantiene vagando por otros mundos. ¡Calla y duerme! Cuando los armados parece que están a punto de perder la paciencia por falta de respuesta a sus requerimientos, la puerta gira sobre sus goznes, y por fin, cede a la fuerza de la demanda.

Don Rogelio Rodales aparece en el umbral. Aunque parece firme sobre sus pies, todos pueden ver que está pálido, flaco y desmejorado. Aunque reconoce el peligro que se cierne sobre su persona, él, desde su soberbia de Amo y Señor, todavía no ha admitido que aquellos desarrapados pudieran causarle mal alguno. Va a recriminarles la barbarie y la brutalidad de su proceder, pero solo queda en un intento, los pistoleros, nada más verle aparecer en la puerta, sin mediar palabra alguna, le atrapan y a golpes le obligan a meterse en una de los coches. Los motores vuelven a rugir, y los coches, tan rápidos como llegaron, desaparecen del pueblo.

La comitiva, nada más abandonar las últimas casas, ante la cruz de piedra que marca el límite del pueblo, se detienen. Todos bajan de los vehículos, y Don Rogelio es conducido hasta el símbolo del martirio, una vez allí, es atado a la columna que sostenía la cruz. Seguidamente, el que parecía jefe de aquellos bandidos, saca de su macuto unos papeles, y lee:

-“*Rogelio Rodales, por tu constante y dañino uso del poder, por tu maquinación para eliminar a los compañeros sindicalistas, y por haber montado una conspiración para meter en la cárcel a nuestro compañero Vicente Sáez, un hombre honrado al servicio del pueblo, un Tribunal Popular constituido para este caso, te ha condenado a muerte como traidor al Pueblo y La Causa. La sentencia sumarísima, se ha de cumplir ahora mismo.*”

Se forma el pelotón, suenan los disparos, y los coches, con su carga de maleantes dentro, emprenden la marcha carretera adelante entre cánticos de victoria, dejando atado a la cruz a su víctima como a un mártir de historias antiguas.

El pueblo, aquel en cuyo nombre ha sido ejecutado el hasta entonces dueño y señor, parece reacio a despertar de su letargo. La incertidumbre, y el miedo que produce, le tienen agarrotada la voluntad. Nadie sabe quién mandará ahora en el pueblo. No saben

si tendrán que guardarse de los pistoleros a las órdenes de Ramón “El Tuerto”, o de aquella nueva tropa armada. Muchos ojos han visto pasar los coches, también saben que se han detenido a la puerta de don Rogelio, todos han oído la música imperiosa de la aldaba, han visto la tropa de pistoleros, y han escuchado con alivio alejarse el ruido de los motores, y todos, todos, presienten el trágico final. Pero no pueden reaccionar, y ahora tendrán que vivir con la vergüenza de haber permitido a gente extraña, de haber hecho algo, que de ser preciso y necesario, lo tenían que haber hecho ellos mismos.

Los pájaros pierden su afán por el canto, los árboles sujetan con fuerza el tallo de sus hojas para evitar que molesten con su suave susurro, la vida en los corrales parece no existir, y el corazón colectivo detiene sus latidos. Nadie sabe qué hacer, unos creen que es mejor que el cuerpo del ajusticiado quede en aquel lugar como ejemplo para los enemigos como ejemplo público, y otros desean que desaparezca cuanto antes aquella muestra de barbarie de aquellos tiempos que les toca vivir. Los cortesanos, del hasta entonces todo poderoso, han desaparecido del pueblo, a han adjurado de su antigua fidelidad, y se han apuntado a la nueva moda revolucionaria.



Un coche se acerca hasta la cruz de piedra, es plena noche, una mujer, ayudada por el chofer, liberan el cuerpo y le meten en el coche. Luego el vehículo emprende el camino del cementerio. Allí se reúnen con otra mujer, es la viuda de Rogelio Rodales. Las dos mujeres, de pie ante la tumba escavada en el suelo, ven como es enterrado, en la más completa soledad, al otrora Dueño y Señor de vidas y haciendas. Ellas no han sentido aquella muerte violenta, pero para que Jorge, que está por llegar al pueblo, no viera el despojo mortal de su padre atado a la cruz, se ofrecieron a aquella farsa. El coche se ha marchado del cementerio dejando a solas a las dos mujeres. Una vez realizada aquella ceremonia, las dos mujeres también abandonan el cementerio. Cualquiera que las viera a aquellas primeras horas de la madrugada, las tomaría por dos mujeres que van camino de sus labores en el campo muy temprano. Las dos sombras furtivas, caminan por el barranco hasta llegar a las tapias de un corral. Allí, una ayuda a la otra, y las dos desaparecen tras la pared.

-“Fue la madre de Salvador la que me convenció para que me escondiera aquí en su casa. Se ha levantado la veda, y yo no podía volver a casa. Aquí estaremos a salvo. Ahora se trata de salvar la vida. Hijo, tu padre...”

Jorge escucha a su madre y no puede dar crédito a lo que le dice. Qué pronto se estaban produciendo los acontecimientos, y parece que corrían malos tiempos para ellos. Pero él no tiene esos miedos de mujer. Él ha vuelto al pueblo a ayudar a su padre

a defender sus intereses, y ahora que él ya no está, le toca a él tomar el testigo como jefe de la familia.

-“Hemos de regresar a nuestra casa. Yo no les tengo miedo. Les haré pagar caro a esos asesinos la muerte de mi padre.”

-“¡Estás loco hijo! ¡Te matarán a ti también! Es mejor que nos quedemos aquí los dos, este estado de desorden y anarquía no puede durar mucho tiempo. Luego, cuando todo esté más tranquilo, veremos qué es lo más conveniente para nosotros. Aquí estaremos seguros.”

-“¡Pero mi padre está muerto!”

-“¡Y bien muerto está!”

Esta afirmación de su madre, cae sobre Jorge como un mazazo. Si ella aprueba lo ocurrido a su padre, si ella está a este lado de la trinchera, ¿en qué lugar queda él? Y ante sí, huérfano, solo ve el abismo.

-“Hijo, tu padre, desde que murió tu abuela Engracia, solo se dedicó a abusar de la gente del pueblo, Nuestra familia, aunque nos pese, hemos de reconocer que se portó mal bajo su gobierno. Y un pueblo oprimido bajo la injusticia, no olvida, y cuando se presenta la oportunidad, derriba todos los falsos dioses a quienes les han obligado a adorar. Tu padre les obligó a levantar un altar muy alto para él, y todo ese monumento, de golpe, ha caído sobre él. Ese castigo tan cruel, se lo había buscado él con su proceder. Tu padre lo tuvo que pagar, pero tú no. Tú no tienes culpa de nada. El Gran Rogelio Rodales, no quiso admitir que los tiempos estaban cambiando, y se enfrentó a todos. Mintió y engañó. Compró a la Justicia para que le sirviera, y otra Justicia, esta más primaria, se lo ha hecho pagar. No cometas tú el mismo error. Ahora son tiempos nuevos y nos hemos de adaptar a ellos. ¡Hazlo por mí!”

-“¿Pero cómo vamos a poder vivir aquí? ¿Te has visto a ti misma? ¿Has mirado tus ropas? ¿Dónde está la mujer hermosa que era mi madre? ¿Quieres que yo esté así dentro de unos días? ¡No podré!”

La tensión acumulada durante los últimos días, cae sobre la debilitada resistencia de hombre, y rompe a llorar. En realidad no es tan fuerte como gustaba alardear. No estaba preparado para hacerse cargo de aquella carga que ha colocado sobre sus hombros su vuelta al pueblo y la muerte de su padre. Su madre, que le conoce, lo sabe.

-“Mira hijo, si me ves así es por mi seguridad, si alguien me ve por el huerto, creerá que se trata de la madre de Salvador, en realidad estas ropas son de ella. Nadie que no deba, debe saber que tras estas pobres paredes, vive la viuda del todopoderoso Rogelio Rodales. Aquí vamos a estar seguros, ya lo verás. Tu padre, por una vez en su vida, fue previsor, confió en esta mujer que ahora nos acoge, poco a poco le fue entregando todo lo que de valor había en la caja fuerte. Debajo de donde tú y yo estamos sentados, hay todo lo necesario para que en esta casa no falte de nada.”

-“Pero la gente del pueblo...”

-“El pueblo nos suministra de todo lo necesario, y así ellos participan también de nuestra riqueza, como debió de ser desde un principio. Ellos son los más interesados de que no nos descubran. Aparte de que contra mí, no tienen nada. Ya te he dicho que aquí estaremos tranquilos.”

El Claustro del Seminario, lugar para la meditación y la conversación tranquila, había perdido el color del susurro, y la algarada discurre por las gastadas baldosas por horas de meditación y silencio. El ruiseñor, que habita el álamo de la alberca, ha tornado su alegre canto en clarines de guerra. Las otrora cuidadas rosas del jardín, se mustian tomando su color un tono de conspiración, y la Institución, echa para el servicio de su Dios, también pervierte su misión. La Cátedra, imparcial por su definición, ha tomado parte. El Catecismo se ilustra con signos paganos de guerra, y el verbo trueca su palabra de amor, caridad y perdón, por consignas de aniquilación, de muerte y venganza. El negro de las sotanas se va tiñendo de color caqui.

Dentro de aquellos altos muros que aíslan a sus internos del resto del mundo, es donde con más radicalidad se puede apreciar la división que se ha experimentado en la sociedad entre los de un bando y el otro. Oficialmente, la Institución, se debe mantener neutral, sin embargo, entre los internos se oficializa la división, por un lado, estaban los estudiantes de pago, y por el otro, aquellos que estaban allí por gracia de un mecenas.



Desde los púlpitos, la semilla de la palabra trataba de que germinara a favor de uno de los dos bandos, sin embargo, como en la parábola, según en el terreno que caía, se desarrollaba.

Este inquietante panorama, ha convertido las celdas en verdaderos campos de batalla, donde cada uno de sus ocupantes ha construido su propia trinchera, donde libran su particular guerra. Pero algo diferenciaba a los componentes de los dos bandos,

mientras a los ricos les une un mismo interés, los hijos de la caridad no encuentran una referencia común. Todos habían llegado allí desde distintas circunstancias sociales, unos disfrutando de aquellos privilegios que ahora tienen que defender, mientras que los otros no tienen claro, ni por qué, ni para qué luchar. Sin embargo, algo congénito les hace reconocer quienes son sus enemigos.

Salvador, desde el día en que ingresó en el Seminario, gracias a la caridad de Doña Engracia, había mostrado un carácter rebelde. Se resistía, él, que había llegado como amigo de Jorge Rodales, no quería formar parte del grupo de los pobres. A los menos afortunados, para que nunca olvidaran su origen, les obligaban a realizar aquellas tareas más degradantes, recordándoles que ellos estaban allí para servir a los señoritos. Todo para la satisfacción de los estudiantes ricos, bajo la beatífica sonrisa del Rector. Y aquello era una escuela de humildad y servicio.

Debido a su actitud de resistencia, Salvador era obligado, con más frecuencia de lo necesario, a realizar aquellas tareas más humillantes. También se vio perjudicado, porque en las aulas se mostraba más inteligente que la mayoría, y aquello despertaba el recelo y la envidia de los ricos más torpes. Las constantes humillaciones, fueron despertando en él el recuerdo de su origen humilde, y construyendo en su pensamiento el sentimiento de pertenencia de clase. Unos sentimientos adormecidos por su proximidad a la riqueza que representaba el señorito Jorge Rodales. Él es un hijo de la caridad, y así debe comportarse.

Y con esa nueva personalidad, Salvador, junto a muchos de sus compañeros, abandona el Seminario, tomando el camino que le llevará a las trincheras donde peleaban sus iguales. Antes pasará por su casa para ver a los suyos.

Una figura furtiva entra en el pueblo al amparo de la oscuridad de la noche. Entra por el barranco, aquel que se ha convertido en paso obligado para los furtivos, y salta la tapia hasta el huerto. Aquella es su casa. No ha querido que alguien pudiera conocer su regreso al pueblo. Cruza el corral, y empuja la puerta. En el dintel se detiene. Lo que encuentra allí dentro le confunde, y le hace creer que se ha equivocado de casa. La mujer sentada a la mesa no era su madre, y el hombre, ese hombre...

-“¿Jorge?”
-“¡Salvador!”

Los dos jóvenes se han reconocido, pero en contra de lo que sería lógico, ninguno se mueve en busca del deseado abrazo. Se miran como dos extraños, o como dos conocidos que deseaban no haberse encontrado. En realidad, en aquellas circunstancias, se ven como enemigos.

-“¡Hijo!”
-“¡Madre!”

Ahora sí hay abrazo y lágrimas de alegría. Madre e hijo, hacía mucho tiempo que no se veían, y en el abrazo vuelcan todo el dolor por la prolongada ausencia. La mujer, aunque tenía el corazón acorazado por los avatares de la vida, sabe conocer el cariño en su hijo, y un hijo siempre reconoce a su madre.

-“¡Hijo! Ven, siéntate aquí, a mi lado. He de hablarte. Sé que te extraña la presencia de Jorge y su madre en esta casa. Pero yo nunca olvidaré lo que ellos han hecho por ti, y ahora que necesitan un lugar donde vivir escondidos, les he ofrecido esta casa. Es una deuda que les debemos. Tu padre está de acuerdo. Tienes que entenderlo.”

-“Si yo lo entiendo madre, pero creo que es una imprudencia. Teniéndoles aquí, ponen en riesgo a toda la familia. Pero si ustedes lo han decidido así, yo no soy nadie para oponerme. Yo solo he venido a verles a ustedes antes de irme al frente, de ese lugar nadie está seguro de volver.”

-“Hijo tú eres ya un hombre. Un hombre con conocimientos, cosa que nunca hemos tenido tu padre y yo. Tú sabrás mejor que nosotros qué debes hacer. Pero ya que lo tienes decidido, es mejor que saquemos, de esta desgraciada situación, el mejor partido.”

-“No comprendo...”

-“Escucha, Jorge, igual que tú, ha llegado hoy al pueblo. Ha habido gente que le ha visto llegar, pero no creo que nadie le haya reconocido. Con tu llegada, mi alegría se ha vuelto en dolor, al saber a dónde piensas marchar, Pero tú sabes que los pobres sacamos fuerzas de flaqueza para soportar las adversidades, y así logramos sobrevivir. Ello nos ha enseñado a sacar el máximo provecho posible a cualquier situación.”

-“¿Qué quiere decirme madre?”

-“¡Escucha con atención! Lo que he pensado es lo siguiente: Tú te vestirás con las ropas que Jorge traía puesta al llegar al pueblo. Cuando te marches, lo harás a plena luz del día, y en el autobús que sale de la plaza. Todo el pueblo tiene que saber que te

marchas a luchar con los nuestros contra los fascistas. Todos deben verte marchar. Así te tendrán por héroe. Todos deben creer, que el hombre que llegó en coche, eras tú, mi hijo, que ahora marcha a luchar al servicio del Pueblo y la Causa. Jorge se podrá quedar aquí con su madre, y nadie sospechará nada. Es lo menos que podemos hacer por ellos. Ahí dentro está tu padre y tus hermanos, entra y dales un abrazo. Te prepararé algo para cenar, luego a la cama, y mañana a representar tu papel.”

La mañana amanece con un sol esplendoroso. Es uno de esos días en que la fuerza de la naturaleza parece querer que todo estalle en una explosión de luz y color, como una llamada al amor y a la convivencia. Aunque aquello, en las actuales circunstancias, no podía pasar de ser una metáfora de deseo general. Una trágica parodia de una realidad no querida. A cada uno, su sol particular se presenta con un color distinto. Jorge, el señorito Rodales, ya viste ropa de campesino. Él sabe que no es nada más que un disfraz en el carnaval que está viviendo. Esa mañana, al despertar, ha visto que lo que hay sobre una silla, no es su ropa limpia y bien planchada, si no unos pobres harapos de jornalero. Tampoco acudirá esa mañana un estudiante pobre para ayudarlo a vestirse. La figura que ahora le devuelve el espejo deja frío su ánimo. Ve con estupor que él, el rico heredero de los Rodales, vestido con aquella ropa, no desentona en aquel ambiente de pobreza, y teme que a pesar de que se le ha dicho que era una situación transitoria, se convierta en definitiva, y siente miedo.

Asomado a una ventana, ve que el verdor del huerto, como una novia, se ve revestido con el blanco de una temprana escarcha. Pero su mirada de encarcelado, solo tiene ojos para la pared que le separa de la libertad, cuando aquel muro en realidad era su seguro de vida. Pero él siente herido su honor, y no le importaría salir a luchar, y en cambio, aquella inmovilidad impuesta le resulta despreciable, y una deshonra. Él había regresado al pueblo para luchar junto a los suyos, y se ha encontrado que los suyos, aquellos a cuyo lado tenía que luchar, ya no existían. Que todos, como él ahora, están escondidos como comadreja a la espera de unos tiempos mejores. Quiere salir a luchar, pero con quién o contra quién. ¿En qué bando se alistaría? ¿Bajo qué bandera? Perdido el poder, ha perdido también la referencia y la motivación. Si el apellido Rodales no representaba nada, él tampoco lo era. Está desnudo y desarmado, incapacitado para todo lo que había representado su mundo. Se ve despreciable, deshonrado, y llora. Cuánto envidia a Salvador, él ahora sí que va a luchar por su causa, él sí tiene un motivo para vivir, pero Jorge pobre no tiene ninguna causa por la que luchar.



La puerta de la casa se abre, y se ofrece al esplendor de aquella hermosa mañana. La familia de Salvador al completo, sale a la calle. Todos visten ropa dominguera. Hoy es un día especial para ellos: Salvador, aquel chiquillo que marchó al Seminario para estudiar para cura, ha vuelto para luchar por los suyos, y quieren que todos se enteren de

esa realidad. Quieren que todos sepan que el que fue enviado a servir a los ricos, hoy marcha a luchar para defender la causa de los pobres.

El padre camina orgulloso al lado de su hijo, lleva en la mano el equipaje del miliciano. A él también le hubiera gustado marchar a pelear en el frente, pero por su edad ya estaba fuera de leva, pero allí tiene a su hijo menor para defender su buen nombre. La madre, reina en aquel día de fiesta, va comunicando a sus vecinos la nueva buena. A Salvador le siguen sus hermanos, y a estos una partida de chiquillos que le vitorean sin saber muy bien por qué. Va saliendo a la calle el vecindario, que conociendo la noticia se incorporan al cortejo. El pueblo ya tiene un héroe, y todos quieren disfrutar de él.

La comitiva llega a la plaza donde ya está el autobús esperando a los pasajeros. Durante el trayecto que han recorrido, el exiguo equipaje, se ha ido agrandado con las dádivas que los vecinos han ido ofreciendo para quien iba a luchar por ellos. Tabaco, embutido, pan, ropa de muda, una cantimplora para el agua, y hasta un par de conejos para el camino. Tampoco falta quien con una encendida soflama, llama a los jóvenes a seguir el ejemplo de Salvador, ese muchacho, que pudiendo quedar al lado de los ricos, arriesga su vida acudiendo al lodo de los suyos. También hubo quien le regala una escopeta: “para que tengas con qué matar a los ricos.”

Abrazos, besos, lágrimas, vítores, y Salvador sube al autobús. Toma asiento al lado de una ventanilla, allí, frente a él, está su familia medio difuminada por el gentío que acude a despedirle. Muchos de los que han acudido aclamándole, ni siquiera se acordaban ya de él, otros ni siquiera le habían conocido, pero aquello importaba poco, lo importante es que todos ellos le reconocen como una de ellos, y Salvador, desde hacía mucho tiempo, vuelve a sentirse parte de ellos. Allí, en aquella multitud que le vitorea, estaban las razones por las que valía la pena luchar. Muchos de aquella gente, no habían conocido ni un solo día de felicidad en toda su vida, y ahora él puede ver, en aquellos rostros marcados por las privaciones luces de esperanza, y estaban depositadas en él. Y él está dispuesto a no defraudarles.

El autobús se pone en marcha, y avanza buscando la salida del pueblo. La chiquillería le persigue, hasta que sus pequeños pasos se van quedando atrás. Allí, en medio de la carretera, quedan todos parados, miran la imagen del autobús que se va haciendo pequeña, mientras se pierde carretera adelante. Vuelven al pueblo, pero su curiosa mirada de niño, queda prendida en el horizonte con la ingenua ilusión de verle volver un día sano y salvo. El tiempo, ese arquitecto de cosas imperfectas, con su implacable proceder, se ocupará de colocar las ilusiones en el oscuro túnel donde se sitúan los ilusos.

